

«Boule de suif» y la muerte de Flaubert¹

Por desagradable que pueda parecer, el proceso incoado por la fiscalía de Étampes fue de provecho para Maupassant.

«Procesado por ultrajes a las costumbres y a la moral pública», la frase es llamativa. Y Flaubert, en la carta que dirige al *Gaulois* para socorrer a su discípulo, escribe con mucha intención: «Mi proceso por *Madame Bovary*, me ha hecho una publicidad gigantesca y a la que atribuyo las tres cuartas partes de mi éxito».

Desde luego, Maupassant no deseaba semejante publicidad; pero le vino como una compensación por todos los temores que experimentó en relación con las amenazas de la pérdida de su puesto laboral, debido a la investigación a la que iba a estar sometido. En vísperas del lanzamiento de las *Soirées de Médan* – que aparecerán a primeros de abril de 1880 – y del volumen *Des Vers* que saldrá en el transcurso del mismo año, todo ese escándalo por un poema «naturalista» resulta singularmente oportuno. Y luego (y esto es lo mejor del asunto), gracias a eso, Maupassant pudo evaluar el alcance del afecto que Flaubert le prodigaba. Obviamente no le habían faltado ocasiones: los ánimos del maestro, su apoyo tutelar en todo momento, ante los directores de los periódicos y las revistas, ante la Princesa Mathilde, ante Bardoux, ministro de Instrucción Pública, todo demostraba a Maupassant la profundidad y solidez del afecto paternal que Flaubert le testimoniaba. Pero nunca había recibido de él nada tan evidente como la carta al *Gaulois* por el asunto de Étampes.

Además, Flaubert encontraba en su discípulo todo lo que esperaba de él; el afecto de Maupassant respondía al suyo con exactitud. Jamás entente ha sido más estrecha, más completa, entre dos hombres que no pertenecen a la misma generación. Por añadidura, las lecciones del maestro dieron su fruto: Maupassant acababa de hablarle de un cuento «ruenes», una historia que aconteció durante la guerra, y le mostró el esbozo². El maestro experimentó ese orgullo de placer al ver como iba a nacer una obra maestra. Discretamente quiso supervisar su eclosión.

Maupassant lo puso al corriente de los proyectos forjados por los cinco jóvenes amigos de Zola, aquellos que, desde la cena en el restaurante Trapp, se hacen llamar los naturalistas. Tratemos de no tomar en serio el artículo del 17 de abril de 1880, entregado al *Gaulois* por Maupassant, y que cuenta una muy fantástica génesis de *Les Soirées de Médan*. Cediendo a su gusto natural por la mistificación, Maupassant reunió allí todo tipo de invenciones, puestas con la única intención de «hacer despertar a la crítica». Y la crítica, como es sabido, mordió el anzuelo. Pero nosotros tenemos para la preparación de nuestro libro, unos documentos más serios, dos testimonios que se completan y se confirman. Uno procede de Henry Céard, y se encuentra en su estudio sobre Huysmans³, el otro es el prefacio escrito por Léon Hennique para la edición del quincuagésimo aniversario de *Les Soirées de Médan*⁴.

A la historia imaginada por Maupassant, y que compara la antología de Médan con el *Decamerón* florentino, la verdad se opone en dos puntos.

Veamos lo que dice Léon Hennique:

¹ Estas páginas están tomadas de un libro que publicará en breve René Dumesnil, titulado “Guy de Maupassant”. (Este libro se ha traducido al castellano y se puede encontrar en el sitio web del I.E.S. A Xunqueira I de Pontevedra. N. del T.)

² En una carta del 2 de enero de 1880, Flaubert pregunta a Maupassant si el «cuento ruenes» va a ser publicado en el volumen de versos.

³ Céard y Caldain, *Revue Hebdomadaire*, 28 de noviembre de 1908.

⁴ Léon Hennique: *Préface aux Soirées de Médan*. Fasquelle, 1930.

–He comprado una casa en Médan, nos dijo Zola una hermosa tarde, la he comprado para mi madre, que se aburre en la ciudad, y para mi, para cuando me desborde el trabajo.

«Poco después nos dirigimos a Médan, y llegamos a una casita blanca, con su jardín, plantado de flores multicolores, de legumbres, jardín limitado por unos cultivos, una vía férrea, un camino y un puente.

«Fue en el umbral del hospitalario domicilio cuando Vallés, más tarde, confió a Zola:

–¿Sabe usted, amigo mío, que la próxima vez que venga traeré un árbol?

«Vallés no carecía de buen humor.

«La casita y el jardín se comenzaron a arreglar... Y nosotros nos encontrábamos en la mesa de Émile Zola, en París, Maupassant, Huysmans, Céard, Alexis y yo, para comer. Se charlaba sin ton ni son y nos pusimos a evocar la guerra, la famosa guerra de los 70. Varios de nosotros habían sido voluntarios o movilizados.

–Vaya, vaya, – propuso Zola – ¿por qué no hacer un volumen de relatos?

«Alexis:

–Sí ¿por qué no?

–¿Tenéis argumentos?

–Los tendremos.

–¿El título del libro?

«Céard:

–*Les Soirées de Médan*.

«Recuerda a *Les Soirées* de Neuilly.

—¡Bravo! Me gusta ese título,– aprobó Huysmans. ¡Vestiremos a nuestros hijos y los traeremos aquí!

–¿Pronto?

–Lo más rápido posible.

«Los hijos de pie, vestidos. *Boule de Suif* mereció una cálida ovación. Una vez finalizados los aplausos, yo sorteé, con excepción de Zola, los lugares que deberían ocupar en el futuro in-12, y Maupassant obtuvo el primero.

–Debo decir que jamás tendrá talento, – había profetizado Tourguenieff a la vista de un ensayo del joven escritor.

«La más sabios también se equivocan!

Céard confirma todos los puntos de esta página de su colaborador. ¿Todos? No sin embargo, y se podría achacar a la modestia de Léon Hennique que este le haya atribuido a Zola el mérito de una idea que era suya, según Céard: «Hennique–escribe Céard– propuso reunir nuestros nombres en una antología donde cada uno de nosotros insertase un relato sobre un tema de su agrado, y, bajo el patronazgo de Zola, presentarnos juntos al público, para el cual, excepto Huysmans, éramos inéditos y estábamos desacreditados. Zola, como buen maestro y sobre todo mejor compañero, alentó la iniciativa y prometió su colaboración. Convenció a Charpentier para editar el volumen una vez la copia saliese de los tinteros. A Flaubert¹ le pareció «un título estúpido». Quizá mejor informado, hubiese omitido una opinión tan severa si hubiese conocido nuestras discusiones. Se eliminaron algunos títulos antes de elegir el título definitivo. Uno entre otros era *L'invasion comique*, que desapareció por razones patrióticas. Contradiciéndonos de ese modo, sin saberlo, la opinión de Gustave Flaubert quien, desde Croisset, estaba muy mal informado de nuestras intenciones, todavía escribía: «Tengo muchas ganas de ver esa elucubración patriótica. Tendría que ser muy

¹ Carta a Maupassant del 25 de abril de 1880.

buena para entusiasmarme».¹ Tras muchas opciones y palabras, sentimentalmente se eligió² por unanimidad esa denominación burguesa de *Les Soirées de Médan*, porque rendía homenaje a la querida casa en la que Madame Zola nos trataba maternalmente y se esforzaba en hacer de nosotros unas grandes niños mimados.

Evidentemente, Flaubert desconocía muchos detalles concernientes a la reunión de los relatos en un volumen. Sabía lo esencial, que la unidad de tiempos, en la diversidad de los temas, constituiría el nexo de las seis obras, debiendo contener cada una un episodio de la guerra observada con evidente intención satírica, no para hacer apología de ella³. Pero en enero – tres meses antes de la puesta a la venta de *Les Soirées* – Guy no le dijo aún cuales serían sus colaboradores. Él le pregunto: «¿Hablas de nuestras pruebas? ¿Quiénes son esos nosotros? »

En los carnavales – el 3 de febrero – Maupassant debía ir a Croisset. Pero no esperó, y como no tenía en el bolsillo el dinero necesario para enviar su texto al impaciente maestro, le llevó las primeras placas compuestas aprisa en la imprenta. Y el 1 de febrero, Flaubert escribía a su sobrina. «*Boule de suif*, el cuento de mi discípulo, del que he leído esta mañana las pruebas, es una obra maestra; mantengo la expresión una obra maestra de composición, de comicidad y de observación, y me pregunto porque le ha disgustado a Madame Brainne. Me da vértigo. ¿Será estúpida?»

Pues Madame Brainne también había leído el cuento sobre las pruebas – y tal vez incluso sobre el manuscrito. Las razones de ternura que inclinan a las mujeres a un exceso de indulgencias, a veces las empujan también a una incomprensible severidad, sin que sean por eso estúpidas ni mucho menos. Pero Flaubert veía todas las cosas desde el punto de vista del arte, y ningún juicio le hubiese hecho cejar en su opinión. También, inmediatamente le escribe a Maupassant sin ocultarle su orgullo: «Ardo en deseos de decirte que considero *Boule de Suif* como una obra maestra. Sí, jovencito, ni más ni menos, eso es de un maestro. Es original en su concepción, completamente coherente y de un excelente estilo. El paisaje y los personajes se ven y la psicología es fuerte. En definitiva, estoy orgulloso: dos o tres veces me he reído a carcajadas. El escándalo de Madame Brainne me da vértigo! ¡sueño!... He puesto sobre un pequeño pedazo de papel algunas observaciones. Tenlas en cuenta, las creo buenas.

«Ese pequeño cuento permanecerá, puedes estar seguro. ¡Qué hermosas descripciones las de esos burgueses! Ni un error. ¡Cornudet es inmenso y real! La religiosa picada de viruela, perfecta, y el conde: «mi querido hijo», ¡y el final! La pobre puta que llora mientras el otro canta *la Marsellesa*, sublime. ¡Tengo ganas de besuquearte durante un cuarto de hora! No, en serio, estoy contento. ¡Me he divertido y te admiro!

«Y bien, precisamente porque es crítico y virulento con los burgueses, quitaría dos cosas que no están mal del todo, pero que pueden hacer exclamar a los imbéciles: «eso no me interesa»: 1º) en algunos momentos, etc., ese joven arroja al fango nuestras armas; y 2º) la palabra *tetas*, aunque el gusto más mojigato nada tendría que reprocharte.

«¡Tu puta es encantadora! Si pudieses atenuar su vientre al comienzo, me gustaría... Te abrazo más fuerte que nunca. Tengo varias ideas para dar a conocer *Boule de Suif*, pero espero verte pronto. Te pido dos ejemplares. ¡Rebravo!»

¹ Carta a Maupassant del 2 de enero de 1880

² Propuesto por el propio Céard, lo que él no dijo, pero que explica porque lo justifica por esas razones «sentimentales». En el fondo, ese título enigmático valía por otro.

³ En su carta del 5 de enero de 1880 (oc. Cit. P. 123), Maupassant le indica la composición de la colección y da los títulos de los relatos de Zola, Céard y Huysmans ya publicados.

El entusiasmo de Flaubert debió provocar en Maupassant el más intenso placer. En primer lugar porque él sabía que su maestro era incapaz de traicionar su pensamiento, y además porque ese juicio confirmaba en todos los puntos las alabanzas de sus camaradas, reunidos en su casa, en la calle Clauzel, para leer cada uno su relato. «Maupassant, nos dice Pol Neveux, leyó el último. Cuando hubo terminado *Boule de Suif*, de un impulso espontáneo, con una emoción del que todavía recuerdan, entusiasmados por esa revelación, todos se levantaron, y sin frases, lo convirtieron en un maestro¹»

El milagro, fue que esa obra maestra, la había escrito en medio de sus peores momentos: comenzada en los días que debe hacer cien gestiones para abandonar la Marina y pasar al despacho de Bardoux, en la Instrucción Pública, continuada en el momento de las fiestas del 1º de enero, donde las damas le reprochan que no va a visitarlas², finalizada cuando la Fiscalía de Étampes le amenaza con perder su medio de vida. Realmente, ¡merecía ese magnífico éxito!

Y aparte de ser el mejor derivativo, también resultó ser el mejor remedio a los males físicos que padecía: encontramos en la *Correspondance* de Flaubert, indicios de las preocupaciones que la salud del discípulo causaba al maestro de Croisset. Éste quería hacer examinar a Guy por Fortin, su propio médico, y no dejó de insistir al joven hasta que asistiese a dicha consulta³. ¿Qué dijo el médico? No lo sabemos, pero vemos que los trastornos continuaron: «Tengo una parálisis de la acomodación del ojo derecho, y Abadie considera esta afección como más o menos incurable... Pero mi médico, que es profesor en la Facultad, aún admitiendo perfectamente la existencia de esta afección, afirma que se curará. Él cree que Abadie no ha examinado mi estado patológico. Según él, estoy afectado de la misma enfermedad que mi madre, es decir de una ligera irritación de la parte superior de la médula. Así pues, trastornos del corazón, caída del cabello, y accidentes del ojo tendrían la misma casusa, y todos esos síntomas desaparecerían igualmente para dar lugar a otros. Eso es... creo que tiene razón⁴». Había realmente razones en su fuero interno, sino en la explicación que daba al pobre muchacho preocupado de saber lo que ningún médico podía decirle. Pues bajo estas palabras del doctor reproducidas por Maupassant, ¿es posible adivinar si el diagnóstico que sería emitido por Gilbert Ballet mucho más tarde,– después de la muerte de Maupassant en la casa de salud de Passy– había confirmado su autenticidad?⁵

¹ Pol Neveux, prefacio a *Boule de Suif*.

² «Yo trabajaba en mi relato y en mi manuscrito de versos, que debían estar terminados en enero... pero las damas no comprenden nunca eso. Madame Brainne también me ha agobiado durante estos dos meses, enfadándose con mis ausencias más largas, haciéndome escenas, incluso injuriándome, y sin embargo, podía a veces ir a su casa, con la condición de que llegaría a la hora de la cena y que partiría de inmediato después. Se charlaba en la mesa, luego yo desaparecía. Ella es tan buena que ha acabado por aceptar este tipo de visitas, que me daban toda la velada para trabajar.» (*Lettres inédites*, p., 94-95). Pero sin duda estuvo celosa de *Boule de Suif*.

³ Por una carta de Flaubert a su sobrina, sabemos que esta consulta tuvo lugar el 27 de marzo: «Guy sufre mucho. Se ha acostado esta noche a las nueve. Probablemente tenga la misma neurosis que su madre».

⁴ *Lettres inédites*, p. 117-118. En la carta a su sobrina con fecha del 27 de marzo de 1880, Flaubert nos desvela que ese médico era Potain.

⁵ El 2 de noviembre de 1893, el profesor Gilbert Ballet dedicaba su lección al periodo prodrómico de la encefalitis intersticial (lección reproducida en su obra *Pyschoses et affections nerveuses*, 1897, p. 174, y citaba el ejemplo de Maupassant: «La prensa ayudando, todo el mundo ha podido saber, decía, que presentaba loss íntomas más característicos de la encefalitis intersticial... y nosotros hemos sabido que el desdichado, tomado por un simple neurasténico, había sido duchado a conciencia durante varios meses, hasta el día en el que se manifestaron en su total claridad los signos de la parálisis general». ¿Pero en 1879? Los errores de diagnóstico se sucedieron durante la vida de Maupassant; además, tras su muerte, con complacencia, se extendió hasta el principio de su vida lo que no puede aplicarse más que al final.

En un momento (el día que responde al interrogatorio del juez de Étampes) sufre de tal modo de su ojo derecho, que apenas puede escribir al tener que mantenerlo cerrado, y debe dejarse aplicar cinco sanguijuelas detrás de la oreja¹. Las migrañas no le abandonan, y el éter se le hace cada vez más necesario, el éter del que celebrará los beneficios apasionadamente en *Sur l'Eau* y en *Rêves*². Pero todo esto no es más que para hacernos admirar más la obra de arte que acaba de nacer.

Maupassant había tomado la idea en la realidad. Boule de Suif existió: se ha impreso su nombre en repetidas ocasiones, y Maupassant llegó a conocerla. Se llamaba Adrienne Legay. Maupassant no se encontró con ella hasta pasado mucho tiempo después; pero su tío Cord'homme, que es el Cornudet del relato, le había contado la historia de Adrienne. Había nacido en Elétot, un pueblo sobre el acantilado, en el cantón de Valmont, entre Fécamp y Saint-Pierre-en-Port, y venida pronto a Rouen, donde había conquistado entre «las llamadas mujeres galantes» una situación que justificaban sus encantos. Era redonda y un poco baja, lo que le había valido en efecto el sobrenombre que sirvió de título al relato. En cuanto a la propia aventura, es muy probable que Maupassant la haya adornado sobre un fondo de verdad que le proporcionó su tío Charles Cord'homme. Tomó de la realidad el marco del Hotel del Cisne en Tôtes, convertido en el relato en el Hotel del Comercio (que él conocía muy bien), y todos los paisajes cuya descripción es de una maravillosa fidelidad.

Un detalle curioso nos ha sido proporcionado por un periodista ruenés, camarada de Pinchon y de Maupassant, Henri Bridoux: el autor de *Boule de Suif* se encontró una noche, en el teatro Lafayette, en Rouen, con sus dos amigos que le indicaron a Adrienne Legay, sola en un palco: «Él la miró durante un buen rato, con curiosidad, con una atención prolongada, se hubiese dicho que casi emocionado; luego nos abandonó y lo vimos un instante después, penetrando en el palco de la dama, la saludaba profundamente con una referencia de mosquetero galante, y tomó sitio a su lado. Fue ese mismo día, después del teatro, cuando Maupassant y Boule de Suif cenaron juntos cara a cara en el Hotel du Mans. ¿Qué se dijeron? ¿Qué palabras se intercambiaron entre ese delicado, ese refinado, ese reputado escritor y artista, y esa mujer de espíritu realmente vulgar, que tal vez no conservaba más que un vago y melifluido recuerdo de la aventura de antaño, incidente olvidado de su vida amorosa?»

Una leyenda, todavía repetida algunas veces, dice que Flaubert colaboró en *Boule de Suif*. Ella nació, sin duda, de algunas «observaciones de trabajo» de las que Flaubert habla en su *Correspondance*. Pero si su propia ridiculez no bastaba para ignorarla, los textos hoy publicados de las cartas intercambiadas en relación con tema del relato, entre el maestro y el discípulo, probarán la falsedad, puesto que muestran sin refutación posible que, si ambos hablasen entre ellos del tema elegido, Flaubert no hubiese tenido bajos los ojos las primeras placas proporcionadas por el impresor. Y además, *La Maison Tellier*, y *Mademoiselle Fifi* (siempre de fuentes e inspiración normanda, observándolas con el paso del tiempo) ¿no iban a demostrar, tras la muerte de Flaubert, que no era con la ayuda de su maestro, ni por un golpe de azar, que el discípulo había alcanzado también la maestría?

Los críticos «la emprendieron» como lo había deseado Maupassant; pero a menudo para vapulear, o para arañar, según el vigor de su pata. El volumen había sido

Parece que él tuviese dos cosas distintas: un “terreno” hereditario favoreciendo la evolución hasta sus consecuencias más temibles y las más lejana de una enfermedad adquirida.

¹ *Lettres inédites*, pp. 198 y 199

² *Sur l'Eau*, el pasaje comienza así: «Pero yo iba a pagar mi noche sin sueño...», y que está casi literalmente reproducido en *Rêves*.

puesto a la venta el miércoles 15 de abril¹- Llevaba un corto prefacio donde destacaban estas líneas provocadoras: «Todos esperamos los ataques de la mala fe y la ignorancia con la que la crítica corriente nos ha advertido ya hace tanto tiempo. Nuestra única preocupación es afirmar públicamente nuestras verdaderas amistades, al mismo tiempo que nuestras tendencias literarias.– Médan, 1 marzo de 1880.»

En el *Figaro* del 19 de abril, Albert Wolff escribía: «Esa pequeña banda de jóvenes presuntuosos, en un prólogo de una rara insolencia, arroja el guante a la crítica. Esta burla está cosida con hilo blanco; el fondo de sus ideas es: tratemos de hacernos escuchar, eso hará vender bien el volumen. *Les Soirées de Médan* no valen ni una sola línea de crítica. Salvo el relato de Zola, que abre el volumen, es de una mediocridad absoluta.»

Incluso en el *Événement* del 19 de abril de 1880, bajo la firma de Léon Chaperon, puede leerse: «Los señores naturalistas están naturalmente enfebrecidos de vanidad. Acaban de publicar un volumen, *Les Soirées de Médan*. Una veintena de líneas estallan a modo de prefacio. Este prefacio es simple y llanamente una insolencia... Obsérvese que no estoy sorprendido por ello. Además de que este profeacio esa bastante mal construido, es de una inconsciente estupidez que debe encantar a los aficionados al antiguo humorismo francés... Pues bien, patológicos o no, quisiéramos que uno no encontrase eternas excusas para los asesinos, los morfinómanos, los ludópatas y – sobre todo – para los naturalistas».

Incluso sonos de campana, un mes más tarde, en *Le Temps* (7 de mayo), donde Le Heboulet quiere dar a entender que el prefacio y el desafío son de poca importancia: «Si esos relatos, añade, tuviesen alguna originalidad, si fuesen una alternativa a la banalidad de las producciones contemporáneas, me gustaría y sería provechoso detenerme en ellos. Por desgracia, la ambición se detiene precisamente en el preámbulo; a pesar del gorro del que está tocado, el libro es de lo más ordinario. Los jóvenes que se publicitan con Zola, han heredado su suficiencia pero no su talento».

Estas críticas vertidas ya comenzaban a dar razón al prefacio mismo, que ya preveía la mala fe y la ignorancia. ... Sin embargo algunas opiniones contrataban con este fondo tan negro. Edouard Rod – un debutante, es cierto – definió con bastante precisión a Maupassant, su inalterable buen humor y sin amargura, al que interesan la estulticia y la cobardía humanas, su habilidad en descubrir y desbrozar las intrigas de la vida cotidiana, su indiferencia, que es la de un temperamento bien equilibrado, de un hombre sin ninguna sentimentalidad, y que siendo fuerte, no sufre fe la vida, no la encuentra ni bella ni fea, y la toma tal cual es. Y para concluir su artículo del *Voltaire* (20 de abril) añade: «La unión de esos jóvenes escritores demuestra la fuerza; sin ninguna duda esta fuerza inquietará a los adversarios acérrimos del naturalismo, a los que hacen del espíritu un lugar de comprensión, sin haber estudiado nada. Aquellos que, por el contrario, se interesan por el movimiento moderno, saludaron con placer esta obra colectiva, plena de promesas y ya de realizaciones²».

Pero, para Richepin (*Gil Blas*, 21 de abril 1880), Maupassant sigue siendo un poeta, extraviado entre esos prosistas, «fuera de lugar en Médan». Profetiza el éxito que espera a la antología *Des Vers* y la saluda como una oleada de poesía nueva, sensual y vibrante, de un «orgullosa y robusto macho, pariente de Flaubert (¡todavía!) digno de esa raza normanda generosa y sana, y digna también del gran escritor en el que se reivindican los naturalistas, como el cerdo se reivindicaría en san Antonio³».

¹ Cf. La petición dirigida por Maupassant a Céard para los envíos del volumen (Céard, loc. Cit. P. 542)

² Cf. *Boule de Suif*, edición Connard, pp. 125 y sig.

³ Este artículo ha sido reproducido en los *Marges*, número del quincuagésimo aniversario de *Les Soirées de Médan*, 1930.

Pero tres años más tarde, en el mismo *Gil Blas*¹, Théodore de Banville, adelantándose al juicio de la posteridad, afirmaba: «La cuestión está en ser sincero; no hay otra regla, no hay otra poética, y todos los que digan lo contrario mienten. ¡Oh! ¡qué enorme fue la encantadora, feliz y reconfortante sorpresa de los lectores cuando lo vio llegar exento de toda afectación y de toda mentira, no buscando en dar a las personas tonterías o ridiculeces, o a hacerles ver en pleno mediodía treinta y seis velas. No se dejará de volver a leer este *Boule de Suif* en el que usted ha mostrado la fealdad del egoísmo humano, sin dejarse seducir por las sirenas de la antítesis y sin verse tentado a hacer de su heroína un figura sublime.».

II

El domingo 28 de marzo de 1880, quince días antes de la puesta a la venta al público de *Las Soirées de Médan*, Guy de Maupassant ayudaba a Flaubert a recibir a sus amigos Edmond de Goncourt, Émile Zola y Gustave Charpentier, que habían venido a pasar las fiestas de Pascua a Croisset.

En el tomo sexto de su *Journal*, Goncourt consignó las impresiones que le habían dejado esa visita: «Maupassant viene a buscarnos en coche a la estación de Rouen, y somos recibidos por Flaubert, en esa chaqueta redonda que oculta su grosor, con su pantalón a pliegues y su afectuosa bonhomía.

«Realmente su casa es muy bonita, y había guardado de ella un recuerdo bastante incompleto. Este inmenso Sena, sobre el que se ven los mástiles de los barcos pasar como en un fondo de teatro; esos grandes árboles de formas atormentadas por los vientos del mar; este parque; esta amplia terraza en pleno mediodía, esta avenida peripatética, conforman un auténtico domicilio de hombre de letras, – la casa de Flaubert, tras haber sido en el siglo XVIII, la casa conventual de una sociedad de Benedictinos²

» La cena es excelente; hay una salsa de crema de rodaballo que es una maravilla. Se beben muchos vino de todo tipo, y la velada transcurre contando historias picantes, que hacen prorrumpir a Flaubert en esas carcajadas que semejan risas de infancia. Se niega a leer su novela³. Ya no puede más, está *molido*. Nos acostamos temprano en habitaciones amuebladas con bustos familiares. Al día siguiente, nos levantamos tarde y permanecemos encerrados hablando, pues Flaubert declara el paseo como una actividad inútil. Luego almorzamos y partimos⁴...»

Esas cortas vacaciones de Pascua, en compañía tan elegida, debían ser seguidas rápidamente del más doloroso de los duelos: apenas habían aparecido *Les Soirées de Médan*, apenas Maupassant había podido disfrutar de la alegría de un triunfo (en el que la crítica había representado el rol del esclavo murmurando al oído del triunfador: *hominem memento te*), cuando recibía repentinamente la noticia de la muerte de su maestro.

¹ 1 de julio de 1883.

² Una leyenda controvertida pretende que el abad Prévost habría escrito allí *Manon Lescaut*.

³ *Bouvard et Pécuchet*, de la que Flaubert acababa entonces la primera parte – la única que haya sido publicada, quedando el resto esbozada.

⁴ *Journal des Goncourt*. VI, 109.- Cf, también *Correspondance* de Flaubert. Carta a su sobrina, el 27 de marzo de 1880: «¡Mi recepción de mañana será gigantesca! Todos mi colegas han aceptado a venir. No solamente cenarán, sino que dormirán; y su alegría por esas pequeñas vacaciones es tal, que las mujeres se han escandalizado. He invitado también a Fortín (su médico), a quién «se lo debo», según Mamzelle Julie. He contratado a Clémence, para ayudar a Suzanne, y al tío Alphonse para servir. Espero que la comida sea buena: «¡No dejará de reinar la más franca cordialidad!»

Nada lo hacía prever. Las últimas semanas habían estado llenas de un intercambio de una correspondencia de lo más activa, en relación con *Les Soirées de Médan* y la antología *Des Vers*, que estaba en las prensas de Charpentier. Flaubert había pedido a Guy que le enviase todos los artículos de la crítica sobre *Boule de Suif*¹. Él se ocupaba de ese libro como nunca había hecho con los suyos: «He vuelto a leer *Boule de Suif* y mantengo que es una obra maestra. Intenta escribir una docena como eso y serás un hombre. El artículo de Wolff me ha colmado de alegría. ¡Eunucos!². La intimidad del maestro y del discípulo – una camaradería paternal – les resultaba a ambos deliciosa en cuanto les ofrecía un refugio donde abrigarse de las miserias presentes; en ella Flaubert volvía a revivir el pasado más querido, como si Le Poitevin le hubiese sido devuelto; Maupassant encontraba el ejemplo magnífico de las virtudes literarias más nobles y las cualidades más humanas, más sencillas de un corazón. ¿Cómo no leer sin emoción, después de más de cincuenta años, esta nota, la penúltima sin duda que Maupassant recibió de Flaubert y que lleva la fecha del 25 de abril de 1880:

Mi jovencito,

«Tienes razón en quererme, pues tu viejo te quiere. He leído inmediatamente tu volumen³ del que solo conocía los tres cuartos. Lo volveremos a ver juntos. Lo que me gusta por encima de todo, es que es personal. ¡No elegante! ¡No es una pose! Ni parnasiano, ni realista (o impresionista, o naturalista).

«Tu dedicatoria a removido en mí todo un mundo de recuerdos⁴; tu tío Alfred, tu abuela, tu madre, y este hombre que, durante algún tiempo, ha tenido el corazón henchido y una lágrima en los párpados... Estoy asombrado de los panegíricos de Duranty. ¿Va a suceder al Baron Taylor? Cuando vengas a Croisset, recuérdame en mostrarte el artículo de este excelente Duranty sobre *Bovary*⁵. Hay que guardar esas cosas. Sarah Bernhardt es «una expresión social». Échale un vistazo a la *Vie Moderne* de ayer, artículo de Fourcaud⁶. ¿Dónde se detendrá el delirio de la estupidez? »

Le encargaba investigaciones para *Bouvard et Pécuchet*, su «infernál libro», visitas y recados, y Guy tomaba un gran placer en cumplirlos.

Maupassant se sentía cada día un poco más estrechamente ligado a Flaubert. Veía con alegría a su viejo maestro retomar una alegría que, desde hacía tiempo, había huido de su solitario hogar. Maupassant, era para Flaubert

¹ Carta del 25 de abril de 1880 a Guy de Maupassant.

² Carta del 20 o 21 de abril de 1880. En esta misma carta, Flaubert habla del cambio de opinión de las Señoras Brainne y Lapiere, que tras haberse escandalizado con *Boule de Suif*, se declararon encantadas – sin duda tras haber constatado el éxito de Maupassant entre sus iguales.

³ *Des Vers*.

⁴ Maupassant escribió esta dedicatoria: «A Gustave Flaubert, al ilustre y paternal amigo al que quiero con toda mi ternura, al irreprochable maestro que admiro entre todos».

⁵ Duranty, muerto en 1880, fue, junto con Champfleury, el fundador del realismo. Publicó una revista, bajo el título *Le Réalisme*. El 15 de marzo de 1857, antes incluso de que *Madame Bovary* hubiese sido publicado en volumen, hizo aparecer en ese periódico un artículo de una insigne malevolencia sobre Flaubert cuya obra le parecía «sin emoción, ni sentimiento, ni vida» y era calificada de «aplicación literaria del cálculo de probabilidades». El varón Taylor, fundador de sociedades filantrópicas, había muerto el año anterior, y la prensa había hablado mucho de él en ese momento.

⁶ Publicado el 24 de abril de 1880, en relación con el reestreno de *l'Aventurière de Emile Augier*, con Sarah Bernhardt, en el papel de doña Clorinde.

más que un hijo, pues es raro que los hijos, según los vínculos sanguíneos, se apliquen a recoger la herencia del espíritu y se preparen a tomar, llegado el momento, la llama que les pasará unas manos desfallecientes. El éxito de Guy es su última alegría. No sabe en absoluto que la muerte le acecha subrepticamente cuando le escribe el 3 de mayo – y muere el 8 –: «¡La semana próxima, tráeme la lista de los idiotas que escriben reseñas diciéndose literarias en los periódicos! Entonces, dirigiremos «nuestras baterías». Pero acuérdate de esta máxima de Horacio: *Oderunt poetas...* ¿Ocho ediciones de *Les Soirées de Médan*? Los *Trois Contes* han tenido cuatro. Voy a celarme. Me verás a principios de la semana que viene.»

¿Celoso, él? Feliz y orgulloso, sí. No sabe que no volverá a ver a su querido discípulo – pero sabía que hubiese dicho con resignación su *Nunc dimittis...*

La noticia llegó a Maupassant – como a Edmond de Goncourt y a todos sus amigos – de un modo brutal e inesperado. Abramos el *Journal*, dos páginas apenas de quien poco antes nos daba el relato de las Pascuas normandas en Croisset: «¿Vas a ir el domingo a casa de Flaubert? Acababa de preguntarme Pélagie, cuando la pequeña ha puesto sobre mi mesa un telegrama que contenía estas dos palabras: ¡*Flaubert muerto!*... ¡Oh! Durante algún tiempo, perdí consciencia de mí mismo, sin saber lo que hacía ni cual era el pueblo por donde estaba circulando el coche. Sentí algo más que un lazo desgarrado, pero inextricablemente anudado que nos vinculaba secretamente el uno al otro. Y me acordé con dolorosa emoción y las lágrimas temblando al borde de una de sus pestañas, cuando Flaubert me abrazó diciéndome adiós, en el umbral de su puerta hacía algunas semanas¹»

En esta ocasión, los amigos que van a tomar el camino de Croisset, serán acogidos por Maupassant en el umbral de la casa cuyas ventanas están cerradas, pues él se había adelantado a todos para rendir al muerto tan querido los últimos deberes. Lo veló. El mismo llevó a cabo todas las gestiones de los funerales: «Jamás hijo alguno se mostró más afligido por la muerte de su padre» escribió con justicia Pierre Borel.

Y hete aquí que se le confió una dura misión: Laporte, el amigo al que Flaubert llamaba su «hermana de la caridad», Laporte, cuya abnegación le había valido el regalo del manuscrito de *Trois Contes*, con una dedicatoria exquisita – había acudido desde Nevers para abrazar a su viejo amigo caído. Desde hacía algunos meses, unos *ingratos tejemanejes*² habían separado a los dos viejos amigos. Maupassant se encargó por la familia de despedirlo. Llevo a cabo el rol inhumano que se le encargaba. Lo hizo con la discreción que le inspiraban los sentimientos de amistad que lo unían a él mismo con Laporte. A veces se ha contado este incidente en términos que lo desnaturalizan por completo. Es necesario restablecer la verdad³.

¹ *Journal* de los Goncourt, VI. P. 113.

² La expresión es de Lucien Descaves, muy bien informado sobre estos incidentes.

³ En el comentario que vincula los unos a los otros de las *Lettres Inédites* de Maupassant a Gustave Flaubert, Pierre Borel escribió (p. 139): «Allí se produjo una anécdota que conozco por Madame Franklin Grout: Después de haberse mostrado el más abnegado de los amigos «El buen L...» había traicionado un día a su ilustre amigo. Guy de Maupassant conocía ese detalle. Cuando L... se presentó en la residencia de Croisset para ver una última vez al gran escritor, Guy de Maupassant se mostró inflexible y dio órdenes de no recibirle»

El «bueno de L...» no lo había traicionado en absoluto, y fue más bien él el traicionado, aprovechando el alejamiento donde lo mantenía su puesto de inspector de Trabajo en Nevers. ¿La razón? Una nota de

El martes, 11 de mayo, por la mañana, Maupassant sigue el ataúd de Flaubert. El cortejo transcurre por la ruta zigzagueante que conduce a la iglesia parroquial de Canteleu. Daudet, Edmond de Goncourt, Zola, Charpentier están allí, como seis semanas antes, en el día de Pascua. El admirable paisaje que encantaba a Goncourt, el amplio río, con sus aguas que se reflejan al sol. Al fondo del decorado, se extiende el pueblo, gris y azul, con los altos campanarios que cortejan la orgullosa flecha de la catedral. Simétricamente, sobre la orilla izquierda, el barrio Saint-Sever levanta hacia el cielo las humeantes chimeneas de sus fábricas. Entre la ciudad y el barrio, se hunde el puerto, animado por el movimiento de su transporte fluvial, hasta el arco elegante y fino del Puente Suspendingo. A lo lejos, el acantilado del Buen Socorro rasga el horizonte como un muro blanco. En cada giro, el panorama crece; se descubre el bosque de Roumare hasta lontananza, donde se une al bosque de la Londe. En el último codo, entre el verdor incipiente de mayo, aparece el campanario de pizarra de la vieja iglesia y el cortejo se detiene ante el portal, mientras que los portadores levantan el ataúd.

Maupassant nunca olvidará el grandioso paisaje que sirve de marco a esta ceremonia. Ha entrado en su espíritu, y allí queda grabado para siempre. Como un cobre mordido por el buril, extraerá de eso muchas pruebas. Leed el artículo entregado al *Gaulois*, leed el estudio sobre Flaubert que sirve de prólogo a las *Lettres de Flaubert a George Sand*¹, leed el relato titulado *Un normand*, leed, en *Bel-Ami*, el relato de la visita de Georges Duroy a sus padres, en el lindero de este inmenso bosque cuya vegetación da miedo a Madeleine – ese bosque de Toumare, uno de los más grandes y más viejos de Francia». Volved a leer la primera página del *Horla*; se regresa a ese paisaje a través de toda la obra de Maupassant, como un tema musical, grave, profundo, armonioso, evocador del país natal en su aspecto más grandioso, y que permanece asociado para siempre al recuerdo más doloroso de toda una vida...

Al salir de la iglesia, el cortejo se disuelve. Ahora es poco numeroso; el viaje es largo, y muchos amigos han encontrado un pretexto para ausentarse². Pero junto a Maupassant quedan los habituales en las reuniones de la calle Claudel, los «jóvenes» que, fielmente, acudían los domingos a la calle Murillo: Alexis, Céard, Hennique,

René Deschames al final de la carta fechada el 7 de diciembre de 1879 y dirigida por Flaubert a su sobrina, Madame Commanville, lo indica claramente. He aquí el pasaje al que se refiere la nota de Deschames: «Como me gusaría que el asunto M... estuviese finalizado, y que se hubiese pagado F... (se trata de un acreedor de la deuda Commanville). Es un peso que tengo sobre el estómago. ¿Cuándo estaré liberado? Continúo muy a menudo pensando en mi ex amigo Laporte; he aquí una historia que no he digerido fácilmente». En este pasaje, Deschames añade este comentario: «Este párrafo, publicado por la *Revue de Paris* del 1 de diciembre de 1905, desapareció de ediciones posteriores. Madame Commanville añadió allí esta nota: «Habían sobrevenido dificultades entre el Sr. Laporte y mi marido, a resultas de algunos negocios. Laporte temía que se le obligase a pagar unos avales que había garantizado. Esa fue la causa, entre mi tío y él, del enfriamiento que acabó mediante una ruptura». Esta explicación, continuaba Deschames, no debe ser aceptada más que con las más expresas reservas; la verdad se encuentra más bien los «ingratos tejemanejes» de los que habla Lucien Descaves y la ingratitud no estaba del lado de Laporte ni de Flaubert».

Esto es muy claro y permite afirmar que la buena fe de Pierre Borel ha sido sorprendida. Ciertamente ha ignorado esta nota de Deschames que se encuentra no solamente en la edición del centenario de la *Librarie de France*, sino que ha sido reproducida en el tomo VIII, pp. 305 y 331 de la nueva edición Conard, 1930). Si él la hubiese leído, sin duda hubiese acogido con la reserva que convenía «la anécdota» que le contó Madame Franklin-Grount-Commanville. Habían pasado cerca de cincuenta años desde la muerte de Flaubert; pero la ingratitud es un sentimiento vivo...

¹ Charpentier, 1884

² Cf. El admirable artículo de Henry Céard sobre los funerales de Flaubert en el *Grand Journal*, 13 de mayo de 1880: «¡El pobre querido maestro! Él nos había enseñado a ser escépticos. Nos había enseñado a no asombrarnos de toda cobardía y tenía razón, puesto que la villanía humana se ha mostrado incluso allí, sobre su tumba, a él quien tanto la había analizado, desgranado, deshojado...»

Huysmans, los colaboradores de *Les Soirées de Médan*, y con ellos Gabel Thyébault, Pol Neveux, Banville y Coppée. Aquellos habían venido de París; hubiesen venido desde el fin del mundo, y también lloraron... Pero Du Camp no fue. Estaba oportunamente enfermo. Ya estaba preparando las frases envenenadas de sus *Souvenirs Littéraires*, pensando en el compañero de su juventud, en el Oreste del que él se decía el Pilade y al que sin embargo iba a traicionar. «Yo estaba enfermo cuando murió y la emoción que me ha causado su muerte no ha apresurado mi curación. No he podido tomar posición detrás de su féretro y acompañarlo hasta el «lugar donde se duerme». No lo lamento, si hubiese caminado tras sus despojos, hubiese llevado toda nuestra juventud, toda nuestra vida en común, nuestras ilusiones, nuestras esperanzas, nuestro inalterable afecto, y el peso hubiese sido tan enorme que tal vez me hubiese doblegado antes de llegar al objetivo...» No. La hipócrita excusa no hace olvidar la hipócrita insinuación del párrafo precedente: «Cometer en sus funerales la injuria de no mostrarlo tal como era, hubiese sido una nadería sentimental del que mi afecto por él no podía sentirse culpable. Hace falta más que la energía de un cojo para ganar el premio de la carrera», Pues fue mediante el amigo felón como el mundo conoció los males físicos de los que Flaubert estaba afectado. Y fue Du Campo quien insinuará que la epilepsia «ató» las facultades creadoras de Flaubert quien, sin ese terrible mal, hubiese sin duda poseído genio... Pero fueron Maupassant y Henry Céard, quien, con valentía, vengaron al «patrón», del que siguen hoy dolorosamente el ataúd¹.

Bajo el sol, se ganó el cementerio monumental: otro aspecto de la ciudad se revela – aquel que Flaubert describió precisamente en *Madame Bovary*. El cementerio está «repleto de senderos de cipreses», y ante el panteón donde descansan el padre y la madre del escritor, Rouen extiende el hemiciclo de sus casas «sepultadas en una sombra violeta».

Se dijeron las últimas oraciones. Unas manos se tendieron, se pronunciaron unas palabras de consuelo en voz baja. Se salió del cementerio, y los amigos rodearon a Maupassant. Pero el afecto que le testimoniaban resultaba impotente para reconfortarlo. Se encerró en sí mismo. Sin duda pensaba: «Me gustaría estar muerto si estuviese seguro que alguien pensase en mi como yo pienso en él...»²

RENE DUMESNIL

Publicado en *La Revue des Vivants*. Abril 1933.
Traducción de José M. Ramos González para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>
Pontevedra, agosto de 2013

¹ Los *Souvenirs littéraires* de Du Camp aparecieron en la *Revue des Deux Mondes* de junio de 1881 a octubre de 1882. Tras la lectura del artículo de Du Camp sobre la epilepsia de Flaubert, Maupassant envió de inmediato una carta indignada al *Gaulois* (Camaraderie, *Gaulois*, 25 de octubre de 1881, seguida de *Une réponse*, el 27). Henry Céard publicó en el *Express* del 8 de noviembre, bajo el título: *Portraits littéraires: Gustave Flaubert épileptique*, un artículo que expresas en ásperos términos su indignación.

² Citado por Pol Neveux, prólogo a las *Oeuvres complètes* de Maupassant Boule de Suif, edic. Conard, p. XXII).